



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 15

El Rolex

Muy alterado, Dayu Matsumura entró en casa y arrojó el abrigo con fuerza contra una silla, acabando en el suelo. No se preocupó de recogerlo y pasó por delante de Saito como si no le hubiese visto.

— ¿A dónde vas con esos humos?

Dayu chascó la lengua, se detuvo y puso los brazos en jarras.

— Me han echado, a patadas. Tienen suerte de que... —no le salían las palabras.

— ¿De dónde te han echado? ¿Del trabajo?

— No, en absoluto. Ha sido de la maldita joyería, la que está aquí cerca, esa tan grande. Con el dueño anterior no tuve problemas pero este se merecía una patada en la boca, el muy...

— Eh, eh, tranquilízate chaval, ¿quieres? Conozco esa joyería, soy cliente habitual. ¿Qué ha ocurrido?

— Esto, es lo que ha ocurrido — dijo mientras se mostraba así mismo extendiendo los brazos. Saito comprendió enseguida que debió de tratarse por su vestimenta gótica y por eso no le habían tratado muy bien. — Iba a comprar unos pendientes, para Seiya, quiero regalarle los mismos que le regalé antes del salto en el tiempo. Luego me fijé en los relojes, pensé que dada su habilidad sería bueno que tuviese un buen reloj. Ahora gano suficiente dinero pero claro,

supongo que "no doy el tipo" —terminó diciendo mientras hacía con los dedos comillas suspendidas en el aire.

— ¿Qué reloj?

— Un Rolex.

Saito emitió un bufido.

— En ese tipo de tiendas miran mucho las apariencias, cosa que ya sé que no te hace ninguna gracia, pero así funciona el mundo chaval, que quieres que te diga...

— Sí, que Seiya se va a quedar sin los pendientes. Mierda, es tan injusto...

Un silencio. Saito se quedó observando a Dayu mientras se pasaba la mano por la barbilla.

— A no ser...

— ¿Por qué demonios me miras así?

— Puede resultar divertido y además haremos una apuesta.

— Joder, siempre tienes que andar apostando... ¿qué tienes en mente?

— Iremos juntos a la joyería, ahora mismo.

— ¿Acaso te has vuelto sordo? No me pueden ver allí.

— No como vas vestido ahora.

— Aaaaah... ya entiendo lo que quieres decir. Otra vez me tengo que poner la maldita chaqueta y esa corbata que aprieta horrores, ni hablar, no pienso... esto es una venganza por lo del club de la Sentencia, ¿verdad?

— Yo no he dicho eso y... no lo llamaría venganza, me lo debes. Además Seiya tendrá su regalo. Tú le regalarás los pendientes, del Rolex me encargo yo, es algo que le debo.

Con asombro, Dayu observó a su antiguo maestro.

— Ni de coña te lo va a aceptar, además él ya te perdonó y...

— No es solo por eso, quiero hacerlo y punto —terminó diciendo mientras le señalaba con el dedo.

— Bueno pero así no puedo ir, y si no me pongo el maldito traje ¿qué coño quieres que me ponga? ¿Y qué quieres apostar?

Una sonrisa perversa en los labios del yakuza.

— Acompáñame.

Ambos fueron hasta una habitación en la que Dayu jamás había estado, parecía una habitación para invitados, con una sencilla cama y un armario. Saito abrió este último. Dayu acercó la mano hasta una de las perchas, aquello era...

— ¿Vestidos de mujer? —rió.

— La insufrible de mi ex dejó aquí algunas de sus cosas, tengo que deshacerme de ellas.

— Antes de que Noriko te machaque el cráneo.

— Ponte este, te quedará bien —anunció con naturalidad mientras sacaba un largo vestido negro, entallado, con sus tacones de aguja a juego y un bolsito. — Te apuesto, Dayu Matsumura, a que no eres capaz de hacerte pasar por una mujer en esa tienda.

Unas risotadas ásperas invadieron el aire.

— Definitivamente, estás de coña.

Pero Saito mantuvo un semblante serio, se cruzó de brazos mientras se apoyaba en el armario.

— ¿Tienes miedo de perder?

— ¿Yo? Vas listo, acepto la apuesta —dijo mientras observaba el vestido, ahora con especial interés — ¿Qué apostamos?

— Si gano, dejarás de gastarme bromas durante una buena temporada.

El gesto de Dayu se volvió ceñudo.

— ¿Y si gano yo?

— Te dejaré el Aston, sin cuestionar —dijo tranquilo mientras se encendía un cigarrillo. Apuntaba alto, sin duda, teniendo en cuenta el cariño que le tenía a ese coche.

— Acepto la apuesta.

Se dieron la mano y Dayu cogió lo que necesitaba para irse a su habitación a cambiarse.

— Vas a perder, y lo sabes... Espérame frente a la joyería, iré enseguida.

Al cabo de un rato, Saito se personó en la puerta del establecimiento. Mientras esperaba sacó un cigarrillo y lo llevó a sus labios. Estaba en Shibuya y el tráfico de gente era constante, yendo de un lado a otro. Pasaron los minutos como si fuesen horas, y cuando Saito se dispuso a encender otro cigarrillo no se percató de la llegada de su antiguo alumno.

— ¿Esperas a alguien guapo?

Al darse media vuelta, se le cayó el cigarrillo al suelo. No pudo evitar una mueca de asombro que enseguida disimuló carraspeando. Era algo fuera de lo normal, Dayu Matsumura, a primera vista, podía pasar perfectamente por una mujer. Llevaba aquel vestido entallado hasta sus rodillas y tacones de aguja. Sin duda llevaba sujetador con alguna clase de relleno que le hacía un busto perfecto. También se había recogido el pelo en un moño y su flequillo estaba

sujeto cuidadosamente con horquillas. No iba maquillado como normalmente iba sino que lo había hecho perfecto, discreto, sin pasarse mucho, irradiando una increíble belleza, realmente parecía una hermosa mujer pelirroja. Sus uñas estaban pintadas de un rojo intenso y llevaba consigo un bolsito a juego.

No obstante y a pesar de su increíble aspecto, Saito bufó, pues sabía que su voz, bastante grave, podría delatarle, pero Dayu Matsumura quería ganar la apuesta, por lo que no pensaba darle aquella satisfacción.

— ¿Y bien? —preguntó esperando su aprobación.

— No está mal —respondió Saito denotando indiferencia.

— Eso es lo que dices pero bien sabes que se te ha puesto dura...

— Ya, procura que a ti no te pase lo mismo, ese vestido te queda demasiado ceñido.

Dicho esto llamó al timbre del establecimiento mientras Dayu ponía morros y un gesto ceñudo. De inmediato un guardia de seguridad les abrió la puerta, quedó literalmente sorprendido ante aquella mujer increíblemente alta y de una belleza exuberante. Al pasar al interior, Dayu dio un pequeño traspie que le hizo doblar el tobillo, debido a que no estaba acostumbrado a llevar ese tipo tacones, pero enseguida se repuso y dedicó una sonrisa al guardia. Era evidente que no le reconocía de su visita anterior.

El dependiente se acercó a ellos e hizo la oportuna reverencia a modo de saludo.

— Bienvenido Sr. Saito, es un placer, ¿en qué puedo ayudarle?

Vaya, pues es verdad que era buen cliente de aquel establecimiento, no le había mentado, pensó Dayu para sí. Aquello podía ser divertido pero tenía que aguantar como fuese y sobre todo, no abrir la boca, algo muy difícil para el provocador ángel.

— Estamos interesados en un reloj...

Dayu carraspeó ligeramente tapándose la boca con la mano.

—... y unos pendientes. Queremos hacer unos regalos.

— Por aquí por favor, pónganse cómodos.

El dependiente les condujo hasta una mesa decorada con un tapete aterciopelado de color verde donde la marca Rolex era visible, también había un espejo con el logotipo de la marca. Dayu y Saito se sentaron en las sillas que estaban dispuestas. Todo en aquel establecimiento olía a lujo, las joyas y los relojes estaban perfectamente colocados en sus vitrinas, tan limpias y transparentes que no parecía que hubiese cristal.

Tras observar un momento con un gesto que parecía de incredulidad hacia Matsumura, el dependiente se dirigió a Saito, no parecía tampoco que le hubiese reconocido.

— ¿Para quién es el reloj?

— Es para un chico joven, me gustaría algo deportivo.

— ¿Cuánto desea gastar?

— Unos ochocientos mil yenes.

Dayu tuvo que ahogar un grito que le salió en forma de tos. Eso era una cantidad indecente de dinero para un simple reloj. El dependiente sonrió y sabiendo lo que su cliente buscaba, enseguida sacó una bandeja con varios modelos de Rolex. Y comenzó una "ceremonia" que Dayu jamás había visto, pues trataban aquellos relojes como si estuviesen a punto de explotar si se les tocaba más de lo necesario. El dependiente se puso un guante de color negro y con sumo cuidado sacó y mostró el primer reloj.

— Este es un modelo nuevo que acaba de salir, es sumergible hasta trescientos metros, el Submariner, lo tiene con o sin fecha, como guste.

Dayu se tuvo que morder la lengua, pues quien coño se iría a hacer submarinismo con un reloj de ochocientos mil yenes, muy práctico, sí señor.

— Está muy bien, creo que lo prefiero con fecha —miró un momento a Dayu— a nuestro amigo le gusta... controlar el tiempo.

Dayu sabía perfectamente lo que estaba haciendo, Saito intentaba provocarle para que hablara y éste se estaba mordiendo la lengua para que su voz no le delatase. Pero no le iba a dar ese gusto.

Mientras el dependiente enumeraba una serie de características sobre el reloj y hablaba del prestigio de la marca, Dayu ojeó un catálogo que había sobre la mesa. Mantenía las piernas cruzadas como lo hacían las mujeres y de vez en cuando sonreía al dependiente que le miraba de reojo.

— "Si tú supieras..." —pensó— "Hace un momento me echaste a patadas y ahora se te cae la maldita baba, menudo necio".

— Está bien, nos lo llevamos —terminó diciendo Saito.

— También querían ver unos pendientes ¿verdad? ¿De qué clase?

La hora de la verdad. Saito miró a Dayu esperando su respuesta. Este se aclaró la garganta todo lo que pudo y habló casi en un susurro, poniendo la voz lo más aguda que pudo.

— Ya he visto unos que me gustan...

El dependiente puso un gesto de extrañeza, aquella cara le resultaba extrañamente familiar. Dayu volvió a hablar poniéndose la mano en la garganta.

— Faringitis... los resfriados son muy malos en esta época del año, ¿verdad cariño?

Saito intentó disimular su intensa mirada de odio y forzó una sonrisa.

— Sí, son muy malos. Muéstrale los pendientes que quieres.

Dayu se puso en pie y se dirigió a la vitrina para señalar los mismos pendientes que había regalado a Seiya cuando se conocieron.

— Buena elección —dijo el dependiente ya más convencido. Por un instante Dayu creyó que iba a delatarse pero dado como le observaba, no era así.

Tras realizar las compras, estaba claro que Dayu había ganado la apuesta y Saito lo sabía, le había subestimado.

Al salir del establecimiento, Saito fue el primero en cruzar la puerta, la función había concluido. Sin embargo, justo antes de salir, Dayu se dio media vuelta, se quitó los tacones torturadores, se soltó el pelo con un rápido movimiento y mostró el dedo medio al dependiente en un gesto bastante obsceno, su rostro había cambiado por completo.

— Hasta otra —soltó con su voz habitual, grave y claramente masculina, a la vez que se perfilaba en sus labios una socarrona sonrisa.

Al llegar a casa, Seiya Ryusaki no podía imaginar la sorpresa que le aguardaba. Este llegó de la universidad junto con Noriko, y antes de que pudiera quitarse las botas, sintió que alguien le tiraba del brazo, arrastrándole hacia el interior con premura.

— Madre mía Matsumura, al menos deja que el pobre chico se descalce y... ¿qué llevas puesto?

— No es eso, ven tú también Noriko, ahora te explico.

Todos se dirigieron a la sala donde aguardaba Saito con su habitual semblante serio.

— Tú primero —le indicó Dayu.

Entonces Saito se metió la mano en el bolsillo y avanzó despacio hasta Seiya. Tras un silencio inquietante en el que Seiya contenía la respiración, Saito sacó la mano del bolsillo y mostró un paquetito que ofreció a Seiya, quien se quedó sorprendido.

— ¿Qué es esto?

Saito abrió la boca pero no supo qué decir, así que la cerró.

— Es para ti, venga ¡ábrelo! —apremió Dayu sin poder contenerse.

— ¿Pa... para mí? Pero si... ni siquiera es mi cumpleaños.

— Ábrelo, Seiya —anunció ahora Saito. Seiya le dedicó una dulce sonrisa y abrió el paquete.

Una caja con la insignia de Rolex. Al abrirla, abrió mucho sus ojos celestes. Ahí estaba el reloj, con calendario y todo, sumergible hasta trescientos metros, el Submariner de ochocientos mil yenes. Un auténtico Rolex nuevo y reluciente.

— Saito, esto es... Yo no puedo...

Haciendo caso omiso de sus palabras, Saito tomó el reloj y se lo colocó cuidadosamente a Seiya en su muñeca derecha. Sabía que Saito no dejaría que rechazase su regalo y se acordó del momento en el que él le entregó su confianza y su colgante, aquel tan especial, que contenía su propia sangre.

Estaba claro que aquello era un regalo para igualar las cosas, no porque Saito siguiese con su arrepentimiento por el maltrato que dio a Seiya, pues aquello ni siquiera pertenecía ya a aquella vida.

— ¡Gracias! —dijo Seiya sonriente mientras se ponía de puntillas y besaba a Saito en la mejilla.
—Vaya... —continuó mientras observaba embelesado su nuevo reloj.

— Y... esto es de mi parte.

Dayu se adelantó unos pasos y quedó justo enfrente de Seiya, que en aquel momento ni se cuestionó por qué su novio llevaba un vestido de mujer. Le tendió una caja más pequeña y el corazón de Seiya se aceleró, recordó el día de su cumpleaños, antes del salto en el tiempo, en el que Dayu le había regalado...

No podía creerlo, ahí estaban. Los mismos pendientes de colgante que hacían juego con los ojos celestes de Seiya. Se los había vuelto a regalar.

— Sé que significan mucho para ti, los he estado buscando como un loco, nene.

— Oh, Dayu... —se echó en sus brazos a la vez que gimoteaba. Se sentía tan feliz que quería tener ya sus alas y poder volar. Dayu le puso los pendientes y le dio un casto beso en los labios, algo impropio de él.

— Bien, bien... muy conmovedor —soltó Noriko claramente enfadada. Estaba apoyada sobre el marco de la puerta con los brazos cruzados mientras tamborileaba con los dedos. — Ahora me vas a explicar, Dayu Matsumura... por qué demonios llevas puesto el vestido de su excelentísima zorra real, la Srta. Akemi.

— "Lista, muy lista, demasiado..." —pensó Saito, quien observó cómo su novia le lanzó una mirada feroz y luego la dirigió de nuevo a Dayu, esperando respuesta.

— ¡Él me obligó a disfrazarme de mujer, lo sacó del cuarto de huéspedes, el armario está repleto de ellos! —soltó casi sin respirar.

— Ya te dije, señor bocazas, que me iba a deshacer de todo eso —ahora Saito parecía montado en cólera.

Una risita que Seiya intentó ahogar sin conseguirlo. Todos le miraron.

— Nene, me echaron a patadas de esa tienda y tuve que... bueno, pero miremos el lado bueno, ahora tenemos el Aston siempre que queramos. —terminó diciendo mientras miraba a Saito con un gesto de triunfo, ya que había ganado la apuesta. Este gruñó pero no dijo nada. Observó como Noriko le tendía la mano con la palma boca arriba.

— Dame tu mechero... y tú, quítate ese vestido, ahora.

Ambos obedecieron, realmente cuando Noriko sacaba su carácter era temible. Dayu se lo quitó allí mismo, sin ningún tipo de pudor o vergüenza. Ya estaban acostumbrados a verle desnudo pero hubo algo que nadie se esperaba. Noriko resoplaba, podía verse una nube de humo negro salir de su cabeza como un mal augurio, apretó los puños, entrecerró sus ojos castaños hasta una fina línea y dijo entre dientes muy despacio:

— Esas... son mis bragas.

Antes de que Dayu comenzara a excusarse, para intentar explicar que era la mejor opción pues los calzoncillos realzaban su paquete, se oyó un "clic".

— Yo que tú empezaba a correr... ya —susurró Saito empuñando la pistola, furioso.

Dayu miró a Seiya y ambos salieron corriendo como alma que lleva el diablo, riendo.